

fueron fuente perenne de los poetas.—Imitóle servilmente Aquiles Tacio, y á Heliodoro se debe todo lo mejor que en Tacio se halla, si bien así como no le siguió en la pureza de la pluma, tampoco tomó de él ni la variedad ni la verosimilitud de los sucesos ni el artificio de los desenlaces. No le hubiera sido muy difícil lo primero; pero todo lo demás pedía un talento tan feliz como el de su modelo, y Aquiles tenía la imaginación apagada y de cortos recursos. Quizá por esto mismo su estilo pasa por más conciso y más puro, más sencillo y natural; pero todavía peca más que Heliodoro en el abuso de las descripciones, á que se entrega sin regla ni medida: recurso manoseado de los ingenios medianos, los cuales, hallando en el objeto que piensan describir bien palpable su asunto, no se imponen otro deber que el de colocar palabras, ahorrándose el trabajo de emplear nuevas ideas y pensamientos, porque vienen tardíos y escasos á su mente. En el siglo xii Teodoro Prodomo y el obispo de Tesalónica, Eustathio, célebre comentador de Homero, escribieron también novelas, aunque sin talento ni atractivo, copiando á Aquiles Tacio, y siguiendo á Heliodoro á mayor distancia, aunque siempre sin perderle de vista. Algunos, viendo el escaso mérito de la obra que lleva el nombre de Eustathio, dudaron que fuese autor de libro tan baladí un varón que había mostrado tanto saber en el comentario de Homero; pero si bien es exageración del buen humor de cierto crítico decir que un comentador no tiene necesidad de tener sentido común, es muy cierto que puede algún hombre ser de erudición profunda, careciendo del talento de escribir; y aun tener este talento, siendo mediano en ciertos géneros: por lo cual no implica contradicción que el escoliasta sabio sea un pésimo novelista.—Aun en el tiempo del renacimiento de las letras griegas y romanas, cuando los europeos conocían tantas obras maestras de la antigüedad y comenzaban á formar otras nuevas, Heliodoro conservó su crédito y tuvo imitadores. Sus invenciones fueron de grande auxilio para las pastorales italianas y francesas. El Guarini en Italia, y en Francia D'Urfé, creyeron digno de su imitación el hermoso pasaje del reconocimiento que tanto quilata á la novela griega.—Otro más sobresaliente imitador tuvo toda ella en España. El gran Cervantes, después de haber enriquecido la patria literatura con la *Galatea*, el *Quijote*, las *Novelas* y el *Viaje del Parnaso*, queriendo emplearse en una obra que dejase fundada su reputación sobre cimiento indestructible, nada halló mejor para conseguirlo que una imitación del novelista griego; indicio del gran concepto en que este aventajado ingenio, tan conocedor en la materia, tenía su mérito. Así lo hizo en la novela de *Persiles y Sigismunda*, que trabajó con más esmero que ninguna de sus obras, corrigiendo en ella los descuidos y defectos de estilo que se notan en el *Quijote*, y ostentando con la prodigalidad de sus episodios su fecunda invención, de cuya riqueza se gloriaba contestando á los que le echaban en cara la dureza de sus versos (1). Quedó tan satisfecho de su trabajo, que al ofrecérselo al conde de Lemos, cuando luchaba con las agonías de la muerte, lo elogia con toda la efusión de un padre, á quien ciegan las gracias de su hijo, estimándolo como el mejor de sus escritos; y si bien el público no ha sido de la misma opinión, es cierto que Cervantes es el único de los imitadores de Heliodoro que puede sin desventaja entrar en competencia con su modelo (2).

Los romanos, en verdad, para las fábulas no manifestaron la disposición y talentos que los griegos, ni en mucho tiempo las compusieron en prosa. Grave por extremo esta nación conquistadora, juzgó que los libros no debían tener otro objeto que perpetuar sus hechos por medio de la historia, ó conservar los principios de la moral y de la religión y los conocimientos de las artes y ciencias. A la poesía relegaron la fábula, donde tampoco admitieron más que las mitológicas, y eso porque estaban consagradas por el dogma que habían tomado de Grecia, y veneraban muchos de los cuentos mitológicos como alegoría de misterios religiosos y naturales. Este pueblo, absorbido por la idea del patriotismo, y de imaginación menos rica y amena que los griegos, no tuvo nece-

(1) Véase el *Viaje del Parnaso*.

(2) Tenemos á la vista una traducción latina de *Tedgenes y Cariclea* con este título: *Heliodori aethiopiae historiae libri decem nunc primum à Graeco sermone in Latinum translati. Stanislao Warszewiczki Polono interprete. Item locuples rerum ac verborum memorabilium index. Antuerpiae, apud Martinum Nutium, sub Cicognis, M. D. LVI.* Dice el traductor en su dedicatoria á Sigismundo, rey de Polonia, que el original griego lo encontró en la biblioteca de Matias, rey de Pannonia; piensa que el autor es el mismo á quien Filostrato llamó Heliodoro el árabe; pero es un error, porque este floreció en el segundo siglo de la Iglesia. De traducciones castellanas, tenemos

noticia de dos, aunque ignorando si se han impreso. La primera de Francisco Vergara, toledano, hermano de Juan Vergara, canónigo de la misma iglesia, y con el solo comparable en erudición y talento. Estudió las letras griegas bajo la dirección de Demetrio Cretense y de Fernán Nuñez, dicho el Pinciano, y escribió una gramática y varias versiones de esta lengua. La de la *Historia Etiópica* de Heliodoro estaba en la biblioteca del duque del Infantado, á quien la dedicó. Elogiaron á ambos hermanos Erasmo y Matamoros. La segunda de Agustín Collado del Hierro, médico, que residió mucho tiempo en Granada, donde murió, el cual tuvo la humorada de trasladarla en quintillas.

sidad de desahogar la fantasía con otras agradables ficciones; y por ello si en su literatura sería, en la historia sobre todo, y en la elocuencia del foro pudo con ventaja entrar en competencia con ellos, jamás los pudo seguir de cerca en los géneros de mera inventiva, en que pisaba supersticiosamente sus huellas. Solo Virgilio por la pureza inimitable de estilo pudo entrar con Homero en comparación, y aun Virgilio en todo lo que á la imaginación atañe, ¡cuán inferior no se queda á su maestro! Si se profundizan las causas, podrá darse todavía otra explicación de la poca aptitud de los romanos hacia el género de la novela. No tenían los hijos del gran pueblo sino un pensamiento fijo, que era el de la *patria*: dominados por esta idea abstracta y general, desaparecía completamente el individuo; aquella lo era todo; este, considerado como nada, no podía por lo tanto adelantar en un género, que si bien se reflexiona, no es otra cosa que la historia fisiológica del ser humano; y por eso en los tiempos modernos, cuando el cristianismo ha dado al ser humano tan grande importancia, cuando ha enseñado á estudiar en su corazón, fuente de las virtudes y de las pasiones, no podía menos de progresar la novela á medida que progresaba el conocimiento intrínseco del hombre. Una larga disertación se podría escribir sobre la materia.

No dejaron, sin embargo, las damas romanas de tener libros de amena lectura en que entretener sus ocios, pero eran imitados ó traducidos del griego. Virgilio no halla pasatiempo más agradable que dar á las náyades, hijas del río Peneo, que suponerlas, reunidas bajo las aguas, cantando los amores de los dioses, que formaban el principal argumento de las novelas de la antigüedad, como ya hemos advertido. Ovidio, contemporáneo de Virgilio, entretiene en lo mismo á las hijas de Minneo, mientras se ocupan en labores manuales, que dejan vagar en libertad la lengua y el pensamiento. Esto induce á pensar que la novela era tenida en los tiempos de estos dos grandes poetas por una distracción placentera y digna de gentes principales. Las fábulas milesias, penetrando en Italia y siendo recibidas é imitadas por los sibaritas, llegaron también hasta Roma, donde no bastó á negarles la entrada toda la severidad de costumbres de la república. El célebre historiador Sisena, que vivió en tiempo de Sila y era como este dictador de la ilustre familia de los Cornelios, tradujo las fábulas milesias que compuso Aristides. Poco antes del tiempo de Augusto apareció en Roma un libro, titulado *La Sibaritida*, colección de escenas escandalosas de libertinaje é impureza. Algunos juzgan que esta sea la obra de Hemiteon, el sibarita, que refiere Luciano; pero más probablemente lo fué de algún romano de relajadas costumbres, el cual hubo de intitularla así, á imitación de las fábulas de aquella disoluta ciudad, que hacia ya quinientos años había desaparecido por el fuego y hierro de los crotoniatas.

El olvido de toda gravedad de costumbres y de todo principio de moral en tiempo de los emperadores, y acaso la dificultad de dedicarse á la escritura de obras serias bajo su férreo y tiránico poder, indujo en fin á la composición de libros de fantasía. Asegura un filósofo francés, y hay mucho de verdad aunque también algo de exageración en su aserto, que las naciones corrompidas tienen necesidad de novelas como los enfermos de medicinas; y que mucho mejor sin duda sería que pudiesen pasar sin paliativos semejantes; y dice bien, si esto es señal de que las naciones aun se hallan en toda su entereza de costumbres. En Roma bajo el imperio, Petronio, uno de los cónsules y el hombre más elegante de su tiempo, compuso en forma de sátira del mismo género de las que introdujo Varrón, entreverando la prosa con el verso y lo serio con lo jocoso, un libro, que tituló *Las Menipeas*, porque Menipo el cínico había tratado antes de la misma manera asuntos graves en estilo festivo y burlón. Téngase esta sátira de Petronio por verdadera novela, con escenas ingeniosas y agradables, aunque frecuentemente sucias y deshonestas, y oculta bajo la corteza de la más fina y picante ironía una pintura exacta de los vicios de la corte de Nerón. Los estragos del tiempo no han dejado llegar hasta nosotros sino trozos sin ilación, ó mejor dicho, fragmentos coleccionados por algún estudioso, de suerte que no es posible ya formarse idea clara de la trama y tejido de este escrito. Sin embargo, críticos muy apreciables dicen que parece que el plan debía estar bien entendido, y las partes que quedan forman un buen todo con las que faltan. Petronio se muestra buen crítico y de gusto excelente en las letras; pero con todo, su estilo es algo afectado, y sus pensamientos, aunque en general delicados y nobles, son alguna vez fríos: el siglo de Augusto había ya pasado, y comenzaba la decadencia.

No ha faltado quien diga que Lucano escribió novelas, porque hizo fábulas sálicas, lo que traducen algunos por fábulas que cuentan los amores de los sátiros y de las ninfas; pero pues tales obras no han llegado á nosotros, ignoramos si la traducción será exacta (1). Pasemos á hablar de Apule-

(1) El obispo Huet, en su *Traité de l'origine des romans*, presenta sobre esto una conjetura muy justa. «¿No puede

yo, que se hizo famoso en tiempo de los Antoninos con su metamorfosis tan conocida bajo el nombre del *Asno de oro*, tomada de la misma fuente de donde sacó Luciano la suya. La obra de Apuleyo sigue un curso regular y está exornada con hermosos episodios, entre ellos el de Psiquis, que es de un mérito sobresaliente; pero, poco delicado en ciertas materias, dejó todas las obscenidades que encontró en los originales que seguía. No merece los mismos elogios su estilo, que es el de un retórico de escuela, afectado y lleno de figuras violentas; no faltando algun crítico que lo califique de duro, bárbaro y propio del suelo en que el autor había nacido. Apuleyo era natural de Africa; y nos da con su libro idea aproximada de las fábulas milesias, puesto que declara que su invencion pertenece á este género.

Corre válida la opinion de que el emperador Claudio Albino, uno de los opositores al señorío del mundo contra Septimio Severo, se ocupaba tambien en tales composiciones. Julio Capitolino afirma en su vida que circularon algunas fábulas milesias con su nombre, bastante estimadas, aunque medianamente escritas. Esto último no fué obstáculo ninguno para que el Senado, en el extremo de la mas indecente y rastrera adulacion, lo celebrase como flor de la humana sabiduría, bajeza que le echó en cara Severo cuando venció y mató á Claudio Albino, diciendo que era indigno del título de sabio, que le habian prodigado, un hombre que no leía sino las fábulas milesias de Apuleyo y cuya erudicion toda consistia en cuentos de viejas y frivolidades, que preferia á graves ocupaciones.

Puede, en fin, cerrar el catálogo de los novelistas romanos Marciano Capella, que escribió un libro de invencion, á que siguiendo el ejemplo de Petronio dió el nombre de sátira, y es tambien de verso y prosa entremezclada; y su argumento, tratar de todas las artes liberales, para lo cual las personifica fingiendo que Mercurio, que las tiene por comitiva, casa con la Filología, á quien da por presente de boda todo lo que en ellas hay de mas brillante y precioso. Como se ve, esto es una alegoría mas bien que novela, y alegoría de artificio no nada ingenioso ciertamente. La frialdad de la invencion no se compensa por el estilo ampuloso y bárbaro (1). Por lo dicho puede formarse idea bastante exacta de la inferioridad en que quedaron los romanos con respecto á los griegos en número y calidad de autores de libros de amena literatura.

Los pueblos del Norte, invadiendo y despedazando el imperio romano al mismo tiempo que se dejaban vencer del ascendiente de su civilizacion, como no estaban dotados de mas vehemente fantasía ni conocian en literatura sino lo que de él tomaban, debieron tardar largo tiempo en cultivar la novela y en hallar nuevos caminos por los campos de la imaginacion, á pesar de que desde que abrazaron el cristianismo alimentaban su fe con libros escritos en el Oriente, cuyas poéticas historias y morales parábolas podian ofrecerles el germen de un nuevo género literario. Por el pronto la novela antigua (de cuya composicion el amor impúdico era elemento único y solo) estábales vedada por la religion y hasta por la vergüenza natural en gentes mas inocentes y menos frívolas. Hasta que los siglos trajesen de nuevo la relajacion á las costumbres no podia ser cultivada la novela. Mas en el siglo vii un pueblo, salido del fondo de la Arabia, fanatizado por astuto impostor, desbordóse, digámoslo así, sobre toda la haz de la tierra conocida. A fines de este siglo, que fué la época mas brillante de su gloria militar, su inmensa dominacion extendiase desde las orillas del Indo hasta las riberas del Océano atlántico. A principios del siguiente sus hijos se apoderaron de España, entrando por las columnas de Hércules; y atravesando los Pirineos se hubieran enseñoreado de todo el mediodía de Europa, si en los campos de Francia no les hubiese faltado la fortuna. Gozaba este pueblo de todas las cualidades de los orientales: fantasía, amor á lo maravilloso, extensa inventiva

creerse que así como Tertuliano dió á Herodias el nombre de sáltica, es decir, danzadora, Lucano dió el mismo nombre á sus fábulas porque eran hechas para ser danzadas? ¿Y qué sabemos si aun la palabra *sálticas* no está corrompida y debe decir *psálticas*, esto es, propias á ser cantadas como las óperas modernas? Nada quiero asegurar, porque sería una temeridad establecer ninguna opinion sobre tan flacos fundamentos. Semejante conjetura, aunque no pasa los limites de tal, es propia de un hombre erudito y reflexivo.

(1) « Créese que Marciano Capella era tambien africano como Apuleyo; y si no, mereció serlo (dice el obispo de Avranches), segun lo dura y forzada que era su manera de escribir. Ignórase el tiempo en que vivió, añade, y so-

lamente se sabe que fué mas antiguo que Justiniano y que llegó á la dignidad de procónsul.—Mas arriba he dicho que su estilo es la barbarie misma, tan atrevido é immoderado en sus figuras, que no se le perdonaria al poeta mas determinado, y cubierto de una oscuridad tan espesa, que apenas es inteligible; sin que esto se oponga á que el autor fuese hombre muy instruido y de una erudicion poco comun. Mucho se ha hablado de la barbarie del estilo de los africanos, atribuyéndola á natural instinto de estos pueblos; mas es preciso no cegarse y ver en esta barbarie de estilo la decadencia y degeneracion de la literatura romana antes que un defecto local. ¿Escribíase mejor en Roma, cuando dieron al público sus obras Apuleyo y Marciano Capella?

y propension á convertir en cuentos extraordinarios hasta los hechos mas sencillos, no bastando lo comun y palpable á satisfacer su ardorosa mente. Su aficion á lo fabuloso era tal, que desde antiguo llamó la atencion, aun entre los orientales, y habla de ella uno de los profetas hebreos. El nacer con dotes inventivas se consideraba en él como un privilegio que daba la divinidad, y mirábase con veneracion al que lo poseia; así el *Coran* dedica un capítulo á elogiar la sabiduría de Locman, que, segun conjeturas, no es otro que Esopo (1), á causa de la maravillosa fertilidad de su invencion en ingeniosas fábulas. Como innata era en ellos la poesía; y al paso que la imaginacion les suministraba imágenes con que adornarla, su lenguaje cadencioso y dócil daba fácilmente de suyo los versos que la habian de engalanar. Asegúrase que todas las naciones del mundo no tienen juntas tantos poetas como la Arabia. Conservaron la memoria de muchos anteriores á Mahoma; y si en las guerras que emprendieron por dilatar con la espada la doctrina de este impostor, se resfrió por el pronto algun tanto su aficion poética, rompió con mas ímpetu, como torrente represado, despues de sus conquistas. Estas eran las gentes que fijaron su asiento en el mediodía de Europa desde el siglo viii.

La Providencia parece que se agrada en permitir de cuando en cuando tamañas corrupciones de pueblos, para que, mezclándose las razas, se presten mutuamente las cualidades que les faltan, y en tal fusion de temperamentos opuestos se modifique la exageracion de las otras prendas que posean. En el siglo viii el musulman vino á posarse entre los cristianos de Europa, conquistando la España y apoderándose en pos de la Sicilia: pocos siglos despues, saliendo de madre los europeos como torrente que rompe las opuestas aceñas, se arrojan sobre el Asia y fundan el reino cristiano de Jerusalem en medio de las naciones mahometanas. La conquista, conservacion y restauracion de este reino fué el origen y objeto de las guerras de las Cruzadas, gran acontecimiento en la historia de Europa, que desarrolló los gérmenes de adelantos que fermentaban en su seno.

Mas estas guerras, si fueron un agente poderoso que obró en las costumbres y en el aspecto general de la civilizacion de Europa, no obraron tan particularmente en la propagacion de la literatura musulmana, que tomó otro rumbo para infiltrarse en el espíritu europeo. Los árabes de España conservaron el mismo que los de Oriente. El país donde establecieron su corte, análogo á aquel de donde venian, no podia resfriar su imaginacion, embotar su singular inventiva ni causar una revolucion en sus gustos. El clima poético de Andalucía auxiliaba tambien á la esplendidez de sus fantásticas creencias. ¿Cómo podian echar de menos el cálido suelo de la Arabia cuando en sus vergeles andaluces, oreados por una brisa suave bajo doseles de perfumados jazmines, entre calles de limoneros y naranjos, que recreaban la vista y el olfato, mientras daban descanso voluptuoso á sus lánguidos miembros, escuchaban en boca del sabio que volvia de la peregrinacion del Oriente, las aventuras de su viaje y las costumbres de sus hermanos, y le oian cantar los versos que halagaron sus oidos en Badgad ó Medina (2)? Tampoco podia la educacion ocasionar revolucion alguna en sus facultades intelectuales, pues desde luego adoptaron la costumbre de enviar á sus hijos á la India para que aprendiesen en sus escuelas; y los sabios hacian como obligatorio este viaje á fin de perfeccionar sus estudios. El docto anticuario don José Antonio Conde nos ha dejado varias noticias sobre este punto de los tres primeros siglos de la dominacion arábica en España (3).

(1) Los árabes, dice el obispo de Avranches, tradujeron sus fábulas en un grueso volumen, que tenian en gran estima, y despues agregaron otras muchas de su invencion. En otro paraje añade: «Las fábulas de Esopo fueron muy del gusto de los persas, que se apropiaron su autor.» Es el mismo Locman del *Coran*, tan estimado de todos los pueblos de Levante, que han querido todos robar á la Frigia el honor de su nacimiento y atribuirsele. Los árabes dicen que era de la raza de los hebreos; los persas no convienen en ello, y pretenden que fuese etíope, cuya idea parece confirmar la etimología del nombre de *Esopo*, y que pasó su vida en la ciudad de Caswin, que muchos creen sea la antigua Arsacia, de donde algunos otros opinan que era nativo. Y sobre este fundamento, viendo que su vida escrita por Mircond tiene muchísima relacion con la de Esopo, de Máximo Planudes, y notando que como los ángeles dan la sabiduría á Locman en Mircond, Mercurio da la fábula á Esopo en Filostrato, no falta quien se persuada á que los griegos han quitado á los orientales la persona de Locman para hacer de ella su Esopo; aunque bien pudiera ser lo contrario.

(2) Hé aquí, en prueba de lo poético de las costumbres árabes, cómo refiere un historiador un hecho sencillo de la vida privada: «En la luna de jaban, este mismo año de 376 (de Cristo 986), saliendo Jahye ben Malic ben Ayadh de la aljama de Córdoba despues de la azala de anochecer, acompañado de algunos amigos, llegaron á su casa y se sentaron en su patio, que era grande y ameno con frondosos jazmines y naranjos; y allí, en tanto que reposaban, rogó Jahye á uno de ellos, llamado Aben Abi Hebab que le cantase unos versos que habian oido ambos en Bagdad á Mungmi, y se los cantó. Se despidió entonces Abuc Hebab deseándole larga vida y olvido del plazo fatal, y le correspondió y partió; y antes de llegar al cabo de la calle le dieron voces que volviese, y volvió y le halló muerto. Era de los hombres sabios y generosos de este tiempo, y muy filósofo, y habia estado en la India y en diversas ciudades de Asia y Egipto.»

(3) Por el anterior ejemplo vemos que el sabio Jahye habia estado en Oriente; veamos algunos de otros muchos que cita Conde, t. 1, fol. 231: «En la luna de safar, egira 180 (año de Cristo 796), falleció en Córdoba Saíd

En cuanto se vieron pacíficos poseedores de sus mas hermosas provincias, y en Córdoba fijaron su espléndida corte, hubieron de distinguirse por su amor al lujo y á las artes, y por su afición á todo género de estudios. Para ellos brindábase su prosperidad y riqueza. Abriéronse escuelas por todas partes, y esparcieron brillantísimas luces de saber sobre el resto de la Europa, oscurecida con las mas espesas tinieblas de la ignorancia. Los escritores se han entusiasmado al contemplar el estado esplendoroso de su civilidad en unas y otras regiones del globo, comparado con el de la Europa cristiana. «¿Qué es la institucion de nuestro sistema feudal, dice uno de ellos, sino el reverso del cuadro, cuyo lado brillante y luminoso lo formaban los árabes? Qué era la monarquía de Carlo Magno, si se presenta en parangon de la de su contemporáneo Haroun? Qué eran entonces los tesoros, el lujo, la industria y el comercio de la Europa, al lado de los de Oriente?» — La cultura árabe fué una antorcha puesta en medio de las tinieblas de los siglos, que llamamos bárbaros, para que á ella vinieran á encender sus luces los pueblos que quisiesen salir de aquel estado de oscuridad.

Los califas de España compitieron con los del Asia, no solo en esplendor, sino en amor á las letras. Córdoba se convirtió en una ciudad encantada, y á toda esta civilizacion, mas brillante á la verdad que sólida, daba inmensos realces la pompa de la poesía que relucía en los libros, en la lengua, en el trato social, en la vida doméstica y hasta en los edificios, los cuales con su arquitectura aérea y caprichosa pueden reputarse como poemas de piedra. En breve la literatura hizo progresos inesperados: el saber de la India se trasladó á las escuelas de Andalucía; y en la inmensa riqueza de su literatura no fué menos interesante la profusa coleccion de cuentos, en que se ostentaba en toda su gala la imaginacion oriental con sus prodigiosos encantamientos y su fatalidad inflexible. Cuánta fuera la magia de estas ficciones, en que la fantasía no conoce limites ni regla, basta á hacérselo concebir lo que nos agrada aun desfiguradas por traducciones hechas en lenguas que se resisten á sus animadas bellezas, por carecer del idealismo del idioma original. ¿Quién al solazarse con la lectura de *Las mil y una noches* no se ha creído alguna vez, como en sueños deliciosos, trasportado á un mundo imaginario, y no ha sentido cierta melancolía al volver al que le presenta la realidad?

Los cristianos españoles hicieron por el pronto poco caso de esta pomposa y risueña literatura. Pobres y dominados por el entusiasmo religioso, ni tenían el bienestar preciso para dedicarse á tan pacífico estudio, ni, aun cuando le hubiesen tenido, les dejaba el celo de su religion pensar en otra cosa que en arrojar con la fuerza á los descreídos del suelo que habian usurpado á los fieles verdaderos.

Habia empero en medio de la parte de Europa, entonces menos atrasada en cultura, un pueblo que se extendia desde los Pirineos al Loira, y abrazaba todo aquel espacio de tierra que anteriormente á la invasion mahometana era conocido con el nombre de Galia Gótica. Esta region estaba dividida en pequeñas soberanías, donde una larga paz y el influjo benéfico del clima habian suavizado las costumbres, y donde, á la sombra de envidiable tranquilidad y de paternal gobierno, se formó una lengua dulce, poética, armoniosa, hija primogénita de la latina, por cuyo motivo vino á llamarse romana, cuando en el resto de Europa no reinaban sino dialectos informes, á quienes no podia fiarse ninguna idea. Las mencionadas pequeñas soberanías formaban otras tantas cortes, que bullian en placeres, en fiestas, en festines, en competencia sobre cuál habia de hacer mas agradable su recinto. La barbarie feudal estaba casi desterrada de ellas. Multitud de hombres, cuyo oficio para sustentar la vida era ejercer el arte de la poesía, corría de una en otra, alegrándolas con sus can-

ben Abdús, que era conocido por el Góder andaluz que viajó á Oriente, y fué allí discípulo de Malik ben Anas, y volvió á su patria con gran fama de sabio. — T. 1, folio 268, año de la egira 210 (de Cristo 826). «Vino á España de sus viajes á oriente Jahye ben Jahye el Laiti, á quien Malek ben Anas llamaba el discreto andaluz y el entendimiento del Algarbe. — T. 1, fol. 286, egira 238 (año de Cristo 852). «En Córdoba se suscitó una querrela literaria entre los alimes y alfaquies del aljama de Córdoba contra Hafit Abu Abderrahman Baqui ben Machalad; este sabio andaluz habia estudiado en Oriente. — T. 1, folio 287. «Dicho año de 852 falleció en Córdoba el sabio alfaquí Abdelmelic ben Habib, andaluz conocido por el Salemi, que habia estudiado en todas las mas célebres aljamas de Oriente, y en todas partes dejó fama de su prodigiosa erudicion. — Fol. 305. «Egira 233 (año de Cristo 668), falleció en Córdoba Jahye el Laythi, docto al-

faquí, que en su juventud viajó dos veces á Oriente. Véase el fol. 268. — Fol. 330, egira 297 (año de Cristo 909). «Murió en Córdoba Obeidala ben Jahye el Laythi; habia recorrido las academias de Africa, Egipto, Siria, etc. — Folio 362, egira 302. (año de Cristo 914). «Murió en Zaragoza Casim ben Thabita ben Azami, el Adfi, que habia viajado en Africa, Egipto, Siria...» En fin, el que quiera ver mas ejemplos de estos viajes con que los árabes de España procuraban conservar la ciencia y el espíritu de sus hermanos de Oriente, busque en la misma obra y tome los folios 427, 431, 480, 481 y otros muchos que por no ser prolijo se omiten. Aun despues que en Córdoba, en Toledo y en otras ciudades de España se establecieron escuelas no menos famosas que las que visitaban en sus peregrinaciones, el viaje á Oriente, cuna de la religion mahometica, no lo perdonaban los fieles musulmanes.

ciones, entreteniéndolas con el relato novelesco de sucesos, ó verdaderos ó inventados, y entusiasmado los corazones de las damas, que casi no tenían otros conocimientos que los que ellos les daban de lo que pasaba fuera de los confines de sus castillos. Hablamos de los trovadores, que conmoviendo las pasiones y excitando la imaginacion, fueron estimados y bien recibidos en cuantas partes se presentaron. No siendo el espíritu religioso en el país á que nos referimos tan entusiasta como en España, estos hombres no escrupulizaban en estudiar la literatura árabe ni en poner á contribucion sus peregrinas invenciones, que revestidas á la europea, les proporcionaban honra y dinero. Ese oficio, que hoy por su céntrica situacion ejerce la Francia de ser propagadora de las ideas por todos los ángulos de Europa, lo ejercia entonces por las mismas ventajas la Galia Gótica ó (por llamarla con el nombre que ya tenia) la Provenza. Ella sirvió de conductor de la literatura amena de los árabes á las otras naciones, y fué la primera que les dió á conocer lindas colecciones de novelas, aunque impregnadas de un desatentado espíritu de libertinaje: lo desenfadado y muelle de los provenzales y el vuelo que dió á su carácter el de algunos principes licenciosos, para cuyo recreo las escribían, haciales ser poco delicados en estas materias. Las costumbres en Provenza eran fáciles y libres; y por su division en pequeños estados, por su afición á las artes, por la aptitud de sus habitantes hacia la música y poesia, y por su inclinacion á todo género de sensualidad, este país renovaba la idea de la Grecia antigua (1).

La Italia, confinante con Provenza, estudió en ella con el arte de los versos el de las relaciones novelescas, y enriqueció su lengua con los despojos del provenzal (2). Algunos ingenios de la península italiana habian desde antiguo acudido á Provenza á alistarse en el número de los trovadores. El emperador Federico Barbaroja, que se gloriaba de serlo, llevó á Sicilia desde este país la cultura de las modernas musas, y los sicilianos fueron por este motivo el primer pueblo de Italia que con buen éxito les rindieron culto. Mas tarde el Dante, alejado de su suelo patrio por las pasiones civiles, perfeccionaba sus talentos poéticos entre los provenzales, y de ellos tomaba el instrumento con que su terrible imaginacion habia de cantar el infierno, y de ellos las tintas mas suaves con que pintara el purgatorio y la gloria. En seguida el Petrarca, trasladado á Aviñon, adonde los pontífices transfirieron la silla apostólica por huir de las sangrientas discordias de Italia, bien nutrido en el estudio de los esnes del Ter y del Ródano, hizo resonar en el nuevo idioma italiano por las campiñas de la ciudad provenzal sus inmortales cantos á Laura, sirviéndole de nueva Hipocrene la deliciosa fuente de Vauclusa. Juan Bocacio, su amigo y discípulo, sacó de las colecciones de novelas que formaron los trovadores, las ciento que publicó con el nombre de *Decameron*, primer modelo de prosa elegante, sonora y graciosa que se vió en lengua vulgar de Italia, y que aun se proponen como dechado los autores que aspiran á la perfeccion en la lengua toscana.

Mas ya para el tiempo de Bocacio, que nació en 1313, los españoles, á quienes el rey don Alonso el Sabio hizo mirar con justo respeto las letras de los árabes (si bien entonces ya estaban en deca-

(1) La circunstancia de pertenecer hoy dia la antigua Provenza á la Francia, á cuyo territorio se hallan agregadas sus provincias, ha sido uno de los fundamentos en que han apoyado muchos escritores franceses la pretension de que la Francia fué la que enseñó al resto de la Europa el arte de novelar. Esta opinion defendió, entre otros, el obispo de Avranches en su tratado *De l'origine des romans*, y apela al testimonio de un escritor italiano, llamado Giraldi, y al de otra porcion de autores por lo que toca al resto de su poesia. Pero aun cuando se supusiese á los provenzales autores de la novela moderna y de la poesia vulgar (cosa que es delicio suponer estando demostrado que imitaron estos á los árabes), si tenemos en cuenta que en aquellos siglos los provenzales no eran franceses, podríamos decir con mayor razon los españoles que formaban parte de los reinos de España, y atribuirnos su cultura. Principes españoles los dominaron, y es de advertir que bajo el imperio de la casa de Barcelona comenzó entre ellos el lustre de las letras, y acabó con el fin de su dominio; su lengua era idéntica á la de las provincias del reino de Aragón; sus relaciones con este, grandes; su simpatía aun mayor; un monarca mismo imperó frecuentemente en ambos países, sin que ni en uno ni otro se le considerase como extraño, mientras en Provenza se miraba el

nombre francés con odio y con desprecio, y se consideraba á los nacidos al otro lado del Loira como bárbaros semisalvajes. Si cedieron á su dominacion no fué sino despues de haber mostrado, con una resistencia que costó mares de sangre, el horror con que admitian su yugo. En el dia, que se han hecho estudios mas profundos sobre los orígenes de la historia literaria, está fuera de duda la certeza de la opinion opuesta á la que sostuvo el obispo de Avranches, y ha triunfado la de monsieur Saumaize, á quien él rebatió, que defendia que la España despues de haber aprendido de los árabes el arte de novelar, lo enseñó con su ejemplo á todos los otros pueblos. No vale que se nos arguya con las fábulas de los ingleses Thelesino y Melkino, y del francés Unibaldo: la antigüedad que se atribuye á estos autores es apócrifa; y por lo que atañe á los romances de Carlo Magno, atribuidos al arzobispo Turpin, un autor francés, Lebeuf, prueba con muchas y convincentes razones ser de origen español. Sobre lo cual puede verse la historia de toda literatura del abate don Juan Andrés, t. II, cap. 9.º.

(2) Que Italia debió á Provenza su cultura literaria lo confiesan todos los escritores italianos que han hablado de esta materia. — Véase el abate Andrés, *ut supra*.